

mas prudente. Sin embargo, desconfiaba tanto de sí mismo, que hacia le siguiesen siempre doce varones doctos y maduros, con quienes consultaba todas las resoluciones en que se le ofrecia alguna duda, no para seguir su dictámen á ciegas, y sin exámen, sino para ponderarle, y conformarse con el que parecia mas acertado. Fuera de aquellas ocasiones en que era menester ostentar la majestad rodeada de los resplandores del trono, era sumamente afable y humanísimo con todos. Habiéndole visitado en Cuenca el rey moro de Valencia, le recibió con el mayor agasajo, y le dió silla debajo de su dosel; modesta humanidad, que acabó de ganarle el corazon, mas que el miedo de las armas. Preguntado poco antes de morir, de qué materia queria se le dispusiese el sepulcro, y en qué conformidad se le habia de levantar la estatua, respondió: *Mi vida sin reprehension, ni culpa, de la manera que he podido, y mis obras, esas sean mi sepulcro y mi estatua.*

Pero en ninguna ocasion dió mayores muestras de su profunda humildad y de su grande religion, que en la hora de la muerte. Acometido de la última enfermedad, que contrajo por los trabajos, fatigas y desvelos del sitio de Sevilla, y conociendo se acercaba su última hora, pidió y recibió con la mayor devoción el santo Viático, que le administró su confesor el obispo de Segovia. Antes que entrase en su cuarto el Rey de los reyes, se echó una sogá al cuello, se levantó de la cama, se postró en el suelo, tomó en la mano un Crucifijo, y se dispuso con los mas vivos actos de dolor y arrepentimiento de sus culpas para recibirle, mandando sacasen de su cámara todas las reales insignias de la majestad. Luego que tuvo en su pecho el soberano Monarca de la gloria, se recogió dentro de sí mismo, y quedó arrebatado en un dulcísimo éstasis. Vuelto de él, llamó á la reina D.^a Juana, al príncipe y á los infantes; despidióse de todos con ternura, y con entereza; dió al príncipe D. Alonso los mejores documentos; encargóle la obediencia al pontífice, la proteccion de la Iglesia, la veneracion al estado eclesiástico, el amor de sus vasallos, el amparo de los pobres, la administracion de la justicia, la eleccion de los ministros, y sobre todo, la propagacion de la fe; y concluyó su razonamiento con estas palabras: *Déjote vasallas ó tributarias todas las tierras que poseian los moros desde el mar acá: si conservares estas conquistas, serás tan buen rey como yo; si las adelantares, serás mejor rey que yo; si las perdieres, no serás tan buen rey como yo.* Pidió despues perdon á los ricos hombres y demás circunstantes de todo aquello en que pudiera haberlos ofendido, y respondieron todos

con lágrimas, que no tenian agravios que perdonar, sino muchos beneficios que agradecer. Mandó entrar á sus capellanes; hizo que cantasen el *Te Deum*, y al segundo versículo entregó suavemente aquella grande alma en manos de su Criador, el jueves 30 de mayo del año 1252. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia mayor de Sevilla, donde se conserva hasta el dia de hoy entero y flexible, exhalando un suavísimo olor. Rey verdaderamente original y admirable, que contra el estilo regular de la divina Providencia hizo escala para el cielo de las mayores prosperidades.

SAN FELIX I, PAPA Y MÁRTIR.

SAN Felix, papa primero de este nombre, natural de Roma, é hijo de Constancio, sucedió en el pontificado á S. Dionisio, papa. Fué martirizado en tiempo de Aureliano, emperador, el cual aunque los primeros años de su imperio, por estar muy ocupado en grandes guerras, dejó vivir en paz á los cristianos; pero despues que alcanzó ilustres victorias de sus enemigos, y triunfó de ellos, en Roma movió persecucion contra la Iglesia de Cristo, y fué la novena que ella padeció, y murieron muchos gloriosos mártires del Señor por los edictos y crueldad de Aureliano, y entre ellos nuestro santo pontífice Felix, despues de haberlo sido dos años y cinco meses, segun el cardenal Baronio; aunque otros le ponen cuatro años y algunos meses mas. En tiempo de S. Felix salieron del infierno dos herejes para hacer guerra á la Iglesia católica, Paulo Samosateno, obispo de Antioquia, siro de nacion, y Manes, persiano, caudillo y autor de la secta de los maniqueos, que duró y afligió tantos años la Iglesia del Señor. Pero nuestro glorioso y sumo pastor se opuso valerosamente á ellos, no dejando de hacer todo cuanto pudo para sanar á los herejes y confirmar en la fe á los católicos, y cumplir con su obligacion de santo prelado; y como tal escribió una carta maravillosa á Máximo, obispo de Alejandria, de la divinidad y humanidad del Hijo de Dios, y de las dos naturalezas distintas en una persona, en la cual gravemente confuta los errores de Paulo Samosateno y de Sabelio; y de esta epístola se hace mencion en el concilio Calcedonense, y S. Cirilo Alejandrino la cita, y se vale de la autoridad de ella contra los herejes. Ordenó que nadie osase celebrar, sino solo los sacerdotes: que la misa no se pudiese decir fuera del templo, ni en lugar profano, sin grandísima necesidad: lo cual establecieron tambien otros santos pontífices y concilios, juzgando ser menos

inconveniente no oír misa, que oírla en lugar profano é indecente.

Determinó, que si acaso se dudase si alguna iglesia estaba consagrada ó no, que en duda se pudiese tornar á consagrar; pues no se puede decir que se torna á hacer lo que no se sabe de cierto haber hecho una vez. Hizo decreto que se celebrasen misas en honor y memoria de los mártires, como hasta entonces se habia usado en la Iglesia, aunque no habia decretos de ello. Su martirio fué en el año del Señor 274, segun algunos, ó en el 275, segun otros. Su santo cuerpo fué sepultado en la via Aurelia, dos millas de Roma, en un cementerio propio suyo, en donde él habia hecho y consagrado un templo.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente:

O Dios, que concediste al nosotros, por su intercesion, bienaventurado Fernando, tu que vencamos todos nuestros confesor, que pelease tus batallas, y que venciese los enemigos de tu fe; concédenos á

La Epístola es del cap. 4 de la primera que escribió el apóstol S. Pablo á los Corintios.

Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fati-

gamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso como á hijos míos muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Es la virtud un espectáculo al mundo, que no acierta á comprender como pueda ser plausible; es espectáculo á los ángeles, que admiran en ella la fuerza de la gracia; y es finalmen-

te espectáculo á los hombres, que en ella encuentran la fuente y el manantial de la verdadera felicidad. Búscanse milagros en nuestra religion; ¿pero habrá alguno mas admirable, mas universal, ni que deba asombrar mas, que el que cada dia presentan á los ojos tantas almas piadosas, tantas religiosas personas, que son el espectáculo y la admiracion de su siglo? Repárase poco en esta maravilla por ser tan frecuente; pero por ser tan frecuente, ¿será menos maravilla? Muchos milagros se encierran en los claustros, en la vida oscura, y en las virtudes escondidas de tantas almas perfectas y fervorosas. Un jóven, heredero de grandes titulos, y de mayores riquezas, solicitado de todo lo que pudiera tentarle; dotado de las mas escogidas; de las mas brillantes prendas; en una edad que se considera la sazón de todas las diversiones; á la entrada de una carrera en que todo le lisonjea, todo se le rie, sacrifica su nobleza, sus grandes bienes, sus mayores esperanzas, y por amor de Jesucristo todo lo pospone á una vida pobre, humilde, oscura y escondida. ¿Tendrán mucha parte en este milagro la naturaleza ni los sentidos?

Una doncella noble, tan distinguida por su nacimiento como por sus dotes personales, por su hermosura, por su discrecion, por su bizarría, por su despejo, ídolo tal vez de todo un pueblo, prefiere un grosero velo, en que quiere sepultarse, á todo el fausto y aparato de galas, de joyas, de aplausos, de cortejos, que naturalmente habian de arrebatarla. Acostúmbrase á confundir estos milagros de la gracia con los caprichos del gusto, ó con la diversidad de las complexiones; pero mírense con reflexion un poco mas de cerca, desenvuélvanse los motivos, considérense los fines, ténganse presentes las consecuencias, cotéjese todo con nuestra flaqueza, y entonces se descubrirá el milagro mas claro que el mediodia.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo, decia el apóstol S. Pablo. Lo mismo pueden decir todos los dias esas almas piadosas, que mirando con horror y con una cristiana compasion la prudencia de la carne, son reputadas en el mundo por simples y por mentecatas. En medio de eso son verdaderamente discretas y prudentes. A la verdad, su discrecion y su prudencia es muy superior á las luces de la razon; está mucho mas arriba de lo que puede alcanzar el espíritu del mundo; pero ella es infalible, porque es de fe, y fué su modelo el mismo Jesucristo. Míresela mas de cerca, y se mostrará el milagro en todos sus efectos.

Nosotros sufrimos el hambre, la sed, y la desnudez, conti-

nua el Apóstol, *nos cargan de maldiciones, y respondemos con bendiciones; nos llenan de injurias, y respondemos con oraciones.* ¿Pudo llegar jamás á tal punto la filosofía mas disimulada, la mas ambiciosa, la mas fina? Aquellos llamados sabios de la Grecia ¿obraron nunca por pura virtud? ¿Su afectada flemma no era muchas veces efecto de la mas fogosa cólera? Y el grosero y artificioso desprecio de las conveniencias de la vida, ¿no nacia de un orgullo intolerable? Hablando en rigor, nada hay digno de admiracion, nada milagroso en materia de costumbres fuera de la religion cristiana. Su ley, sus consejos, sus máximas, sus dogmas, todo es un prodigio, todo un milagro; y solamente los ciegos dejan de conocerlo.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia XIII, pág. 255.

MEDITACION.

De la humildad.

PUNTO PRIMERO. — Considera que ninguna virtud es mas liberalmente recompensada que la humildad. *A los humildes los salvará Dios*, dice el Profeta. *No tienes que temer, pequeña grey.* Con vosotros hablo, los que pareceis tan pequeñuelos á vuestros propios ojos, y casi desapareceis á los ajenos; porque vuestro Padre, que lo es de las misericordias, se ha complacido en escogeros con preferencia á todos los demás para que pobleis el reino de los cielos. Para vosotros es este reino; y ninguno entrará en él que no sea humilde. La soberbia precipitó de aquella corte celestial á los ángeles rebeldes; y la humildad la poblará de espíritus humildes: este es como el título primordial de su dichosa posesion. ¡Mi Dios, y qué poco conocida es en el mundo esta verdad!

No hay en él cosa mas rara, ni mas escasa que esta virtud; pero tampoco la hay mas importante. Ninguna otra nos enseñó tanto Jesucristo con sus palabras y con sus ejemplos: *Discite à me.* No quiso, por decirlo así, que tuviésemos otro maestro de la humildad mas que á él mismo; ni tampoco podia haber quien nos la enseñase con modo mas eficaz. La humildad es la virtud de Jesucristo, y de todos sus verdaderos hijos. Y pregunto, ¿es la humildad nuestra virtud? No se trata ahora de aquella humildad especulativa, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los

hombres capaces, y solamente los tontos pueden dejar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio; no solo enseña el bajo concepto que cada cual debe tener de sí mismo; sino que se alegra de que los demás hagan tambien el mismo bajo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; para ser humilde es menester complacerse en la humillacion; y este es el fundamento del edificio cristiano. ¿Lo es tambien del nuestro? ¿Poseemos esta virtud que tiene al cielo por herencia? ¿Entramos en el número de aquella pequeña grey que no tiene por qué temer? Somos á la verdad pequeñuelos; ¿pero somos humildes á los ojos de Dios?

Con todo el corazon deseo serlo, ó divino Maestro mio; y es justo que siga á lo menos vuestro ejemplo. Un Dios humilde es verdaderamente un gran remedio para curar mi soberbia.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay virtud mas á mano para todo género de gentes que la humildad; ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican; el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud. Sean nuestras máximas y nuestros dictámenes en este punto la regla por donde debemos juzgar de nuestro verdadero mérito.

Ninguno hay que no pueda, y no deba humillarse; el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y abatimiento. ¡O mi Dios, y qué amable sois! Si hubierais hecho dependiente de otra virtud nuestra salvacion, muchos quizá se considerarian escluidos de vuestro reino; pero ninguno se puede escusar de ser humilde. Considera qué cosa tan fácil es á uno el ser santo, cuando el ser humilde es tan natural. Y pregunto, ¿nos es muy familiar una virtud que tenemos tan á mano? ¿De donde nace aquella delicadeza, aquella sensibilidad tan inquieta, aquella falta de apacibilidad tan ordinaria, aquella inmortificacion tan viva? ¿De qué otro principio provienen casi todas nuestras faltas?

Busca un solo santo que no haya sido humilde. S. Fernando

fué rey; dotóle el cielo de tantos talentos naturales y sobrenaturales, que en pocos se encontrará competencia, y no sé si se hallará ventaja en alguno. ¿Pero quién vivió mas abismado, por decirlo así, dentro del propio conocimiento? Las prosperidades, que ordinaria y como naturalmente llenan de hinchazon el corazón humano, al suyo le sumergian, y en cierta manera como que le aniquilaban. Nació gran rey; hizose mucho mayor, y quiso morir como el último de sus vasallos. ¿En qué se parecen nuestros dictámenes á los suyos? Al considerar nuestro modo de discurrir, ¿no se podrá juzgar que hemos descubierto alguna nueva senda para ir al cielo? ¡O gran Dios, qué mayor prueba de que es bien corto el número de los escogidos, que el ser limitado el número de los humildes!

Deseo, mi Dios, ser de este pequeño número; y por eso os pido con las mayores veras que me concedais esta amable virtud. Humilladme, Señor, cuanto fuere de vuestro agrado; pero otorgadme la gracia de que sea humilde.

JACULATORIAS.—Sí, Señor, cada día quiero ser mas humilde á mis propios ojos; y por eso deseo ser cada día mas humillado y mas abatido á los ojos del mundo. (2. Reg. 6.)

Muy provechoso me ha sido, Señor, el que me hubieseis humillado; que de esa manera me habeis hecho dócil á vuestros preceptos, y rendido á vuestros mandamientos. (Psalm. 118.)

PROPOSITOS.

1 En los otros se estima y se alaba grandemente la humildad; pero son pocos los que trabajan eficazmente para poseerla ellos mismos. Si se pudiera ser humilde sin ser humillado; si para serlo bastara conocer que hay sobra de pecados, falta de virtudes, escasez de méritos, pobreza de talentos, no seria tan rara esta virtud. Un poco de entendimiento basta para que cada cual se haga justicia á sí mismo; pero nuestras sentencias en este particular jamás salen del secreto tribunal del entendimiento, y nunca se notifican, ni las consiente el corazón. Pero ello es cierto que sola la humildad del corazón es virtud cristiana. Para lograrla es menester, á pesar de la repugnancia natural, llevar á bien y aun desear ser humillados. Examina cuidadosamente los rodeos, los efugios, los ingeniosos artificios del amor propio para evitar una humillacion. ¡Qué sensibles al mas leve menosprecio! ¡qué vivacidad, qué empeño en justificar hasta nuestras mismas faltas! ¡qué indigestion, qué desafecto hácia aquellos que á nuestro

modo de entender, no nos estiman tanto! Toma una vivísima resolucion de reprimir todas esas vivacidades, todos esos dictámenes, todos esos ímpetus del orgullo, y por lo menos de no quejarte, de callar cuando se te ofrezcan ciertas pequeñas humillaciones, y de rogar á Dios por todos aquellos de quienes se vale su amorosa providencia para humillarte.

2 No te contentes con escoger siempre el lugar mas humilde en todas las concurrencias; desea que te le señalen, y alégrate cuando te retiran á él: lo primero puede ser atencion y buena crianza; lo segundo siempre es humildad verdadera. Huye de todo lo que sea profanidad en el vestido, y segun tu estado contentate por lo comun con el mas sencillo y con el mas modesto. Jamás trates á ninguno con desden, con desprecio ni con altanería, ni aun á tus mismos hijos ó criados; el tono imperioso y despreciativo siempre es hijo de la soberbia y del orgullo; ni para corregir es menester ajar. Evita con el mayor cuidado cierto modo de andar fantástico y arrogante, que no prueba menos la debilidad de la cabeza que la destemplanza del corazón.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

SANTA PETRONILA, virgen é hija de S. Pedro apóstol, en Roma; la cual rehusando tomar por esposo á Flaco, hombre noble, consiguió tres dias de término para deliberar, durante los cuales estuvo en continua oracion y ayuno, y al tercero, despues de haber recibido el santísimo sacramento de la Eucaristia, entregó su alma al Criador. (Véase su vida en este día.)

LOS SANTOS MÁRTIRES CANCIO, CANCIANO Y CANCIANILA, hermanos, en Aquileya; los cuales siendo de la ilustre familia de los Anicios, perseverando constantes en confesar la fe católica, fueron degollados juntamente con su ayo Proto en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano.

SAN CRESCENCIANO, mártir, en Torres en Cerdeña.

SAN HERMIAS, soldado, en Comana en el Ponto; el cual en tiempo del emperador Antonino habiendo sido libertado por la mano de Dios de innumerables y muy crueles tormentos, convirtió á la fe católica al mismo verdugo, haciéndolo participante de la corona del martirio, la cual recibió el primero siendo degollado.

SAN LUPICINIO, obispo, en Verona.

SAN PASCASIO, diácono y confesor, en Roma, de quien hace mencion S. Gregorio papa.